

Agosto.

aquel lírico entusiasmo. Vió así Metternich, y envió un *Memorandum* á las córtés amigas, adivinando una Revolución universal, y pidiendo que afianzasen de nuevo los dominios austríacos de Italia, y auxiliáran al gobierno austríaco para sofocar las primeras chispas del incendio. Los gabinetes, consintiendo en el primer punto, querían, sin embargo, que cada Estado pudiera reformarse en lo interior sin intervencion de los demas (1). Metternich, con un artificio de los que su política acostumbraba á usar, trató de inspirar desconfianza del papa, haciendo creer que estaba de acuerdo con él; mas habiéndolo-

(1) Comunicacion de Palmerston, fecha 11 de setiembre. Guizot, entónces ministro de Francia, escribía el 17 de setiembre de 1847 que la Francia respetaria y haría respetar la independencia de los Estados, y por consiguiente el derecho que tenía cada uno de arreglar por sí sus negocios interiores; que al buen éxito de las reformas importaba que se hicieran regular y progresivamente y de acuerdo entre los príncipes y los pueblos; que el papa había mostrado un profundo sentimiento de sus derechos como soberano, por lo cual debía obtener el apoyo y el respeto de todos los gobiernos europeos, y que los ejemplos que daba y la conducta inteligente de sus súbditos debían ejercer naturalmente una influencia saludable en los príncipes y en los pueblos del resto de Italia.

Abiertas despues las cámaras en enero siguiente, Montalbert, entónces par de Francia, se lamentó de que en el discurso del trono no se hubiese hecho mención del movimiento de Italia ni del papa, diciendo que este se había colocado admirablemente en una situación en la cual necesitaba de apoyo, pues que tanto él como los príncipes que comenzaban á imitarlo, se hallaban dolorosamente aislados entre el partido de los añejos abusos y la violencia de los exaltados, que calificaban ya de retrógrada la política de Pio IX, precisamente cuando protestaba contra la ocupacion de Ferrara, y cuando hacía los mayores esfuerzos para mantener la dignidad é independencia de Italia. Añadió que era ya tiempo de que los hombres del progreso en Italia se separasen de los hombres del desórden, cesando de residir el gobierno en las calles; que la independencia temporal del papa era condición indispensable para la regular existencia y la seguridad de la Iglesia Católica en el mundo entero; que el papa debía ser independiente, no solo del yugo extranjero, sino tambien de las facciones y de los motines; que se debía infundir valor al pueblo romano contra Austria, pero tambien contra los que querían especular con aquel movimiento italiano y deshonrarlo, contra las denuncias de los proscritos de ayer que querían convertirse en perseguidores de mañana, que en fin, se le debía inspirar el ánimo necesario para enseñar al mundo lo que es una revolución pura, honrada, en una palabra, cristiana.

Merecen ser leídos tambien los discursos de Saint-Aulaire, Dupin, Hugo, Cousin, mas ó menos liberales, pero mas que los pronunciados en la Asamblea republicana. El ministro Guizot, respondiendo á estos discursos, manifestó que el trono estaba conforme en favorecer las libertades italianas, el mejor fundamento de las cuales era el papa. « El pontífice, » dijo, ha hecho una gran cosa que hace siglos no había ocurrido á ningún soberano: ha emprendido espontánea y sinceramente la reforma interior de sus Estados: suceso inmenso que basta para merecerle una inmensa confianza, y los Italianos serían imperdonables si se la escamotáran. ¿Qué es lo que falta siempre á los grandes legisladores? Un punto de apoyo, un principio de resistencia. Una vez dado el impulso, abandonados á sí mismos, suelen ir mas allá de donde habían pensado; pero en la situación del papa al lado de un principio admirable y poderoso de reformas, hay un principio admirable y poderoso de resistencia. Dícese que el Catolicismo es irreconciliable con la libertad: esto quiere decir que la soberanía espiritual del papa, que el pontificado mismo se verán amenazados, atacados, y que el papa necesita y debe estar muy alerta. Yo sé que los revolucionarios son arrogantes y hacen poco caso de la religion, del Catolicismo y del pontificado, esperando pasar sobre ellos como un torrente: ya muchas veces creyeron haber destruido estas antiguas grandezas de la sociedad humana, pero reaparecieron en pos de ellos, reaparecieron mas grandes, etc. »

sele frustrado este grosero golpe de astucia, trató de asustarlo ocupando á Ferrara. La protesta del papa, eficaz como toda palabra firme apoyada en el buen derecho, demostró que el dominio de la fuerza había terminado.

Hablo de la fuerza armada; pero hay otra igualmente tiránica, que es la de las turbas doctas ó ignorantes, y ya parecía que esta tomaba el predominio expresándose en escritos violentos ó nauseabundos á fuerza de adulaciones, en que hombres acostumbrados hasta entónces á juzgar solamente del mérito de bailarinas y cantantes, dictaban magistralmente fallos políticos y daban movimiento á una pequeña masa que usurpaba el sagrado nombre de pueblo. Y como tales gentes necesitan atacar ó adular á las grandes reputaciones, mezclábanse los aplausos de moda con palabras de execración, no ya contra el comun enemigo, sino contra Italianos. No se exaltaban los nombres de Pio IX, de Carlos Alberto, de Leopoldo, de Gioberti y de otros ídolos del día, sin que se dirigiesen imprecaciones al sanguinario rey de Nápoles y á los Jesuitas. Cada cual creía ver un jesuita á su lado; jesuita era el émulo, el adversario, el rival, el envidiado, el bienhechor, y Metternich se reía. Las diatribas periodísticas se convirtieron en gritos de plaza y en tumultos; Carlos Alberto, que había garantizado á los Jesuitas y á las Beatas del Sagrado Corazon contra todo ultraje, tuvo que permitir su expulsion; Carlos Alberto, que había declarado inútil la guardia nacional en un país de tanto ejército, se vió obligado á dejarla armar, y estos ejemplos en todas partes eran imitados. Ya en Roma, pareciendo que Pio IX caminaba con mas lentitud de la que se quería, se había extendido el rumor de una conjuración contra su vida, y en su consecuencia reclamado el armamento del pueblo para defenderlo como si tuviese enemigos. Despues se estableció un consejo de cien individuos, de los cuales el papa debía elegir un Senado de nueve; luego se fundó un consejo de Estado presidido por un cardenal; el gobierno pontificio entró en negociaciones con el Piamonte y la Toscana para una liga aduanera italiana como preparatoria de la liga política; pero ya Pio IX se asustaba del movimiento acelerado que se le hacía llevar, y al nombrar un patriarca para Jerusalem protestó contra los que abusasen de su nombre para oponerse á las autoridades. Despues (26 de noviembre de 1847) al inaugurar las sesiones del consejo de Estado, declaró que había hecho y estaba dispuesto á hacer lo que creía conducente al verdadero bien de los pueblos, pero sin menoscabar la soberanía de la Santa Sede, ni lanzarse á las utopias que otros locamente proclamaban apoyándose en sus actos. Los que se prometían hacer de las bendiciones de Pio IX proyectiles de cañon, no se engañaban acerca del sentido de tales declaraciones, pero las suponían sacrificios hechos por el papa á las exigencias extranjeras, porque era, y acaso será

siempre, propio del carácter de los agitadores negar los hechos.

Entretanto el rey de las Dos Sicilias, á consecuencia de un movimiento vigoroso de la isla y de una demostracion de la capital, y á pesar de las protestas de las potencias del Norte (1), concedió no solamente reformas, sino la constitucion y una amplísima amnistía. Su nombre hasta entónces maldito fué ensalzado por las nubes, y en tal tono que los demas príncipes conocieron que era forzoso imitarlo. Carlos Alberto, luchando con sus recuerdos y tal vez con las promesas hechas, despues de haber confesado y comulgado, prometió una constitucion, paliándola con el nombre de estatuto. Siguió el gran duque de Toscana recordando que en otro tiempo Leopoldo I se había propuesto dar una al país y aun la había hecho redactar por el senador Gianní, y que Fernando I, cuando los individuos del consejo general de Florencia se presentaron á felicitarlo por su vuelta el 7 de enero de 1815, les anunció que no « se pasaria mucho tiempo sin que su pueblo poseyese una constitucion y una representación nacional (2). » El duque de Luca había anticipado á Toscana la cesion de su dominio temporal, y luego, habiendo heredado el ducado de Parma por muerte de María Luisa, prometió tambien la constitucion. Restaba Pio IX, y aunque había proclamado que no disminuiría la potestad que había recibido de sus predecesores, y aunque todos decían que la Santa Sede no podía sufrir restricciones parlamentarias, consultó al consistorio si aun era dable hacer mas concesiones, y habiéndole contestado todos sus individuos afirmativamente, declaró, que dejando á salvo la religion, se prestaría á todas las innovaciones que fuesen necesarias, y dió tambien la constitucion.

Para el objeto de la unidad italiana habría sido de desear la uniformidad completa de estas constituciones; pero se diferenciaban poco una de otra, estando todas calcadas sobre la francesa, y estableciendo dos cámaras, ministros responsables, senadores elegidos por la corona, diputados nombrados por electores contribuyentes, libertad de imprenta y derecho de peticion. Solo Roma conservaba como tercera cámara el consistorio cardenalicio que en secreto decidía acerca de las resoluciones del parlamento, habiéndose reservado ademas los negocios mixtos ó concernientes á los cánones y disciplina eclesiástica.

La multitud entónces se manifestó ebria de gozo; miéntras los que no quieren ser multitud discutian acerca de la libertad, de sus formas y fundamentos, preparaban constituciones, expre-

1848.
27 de
caero.1848.
8 de
febrero.11 de
febrero.1847.
18 de
octo-
bre.1848.
14 de
febrero.1848.
febrero.16 de
julio.Octo-
bre.No-
viembre.

saban públicamente sus deseos, pedían y obtenían nuevos ministerios, no ya por la voluntad de los príncipes, sino á satisfaccion de los ciudadanos, hasta el punto de haber subido al poder personas desde muy antiguo veneradas en Italia, y otras que acababan de regresar de largos destierros; jactábanse los príncipes de las cortapisas que á sí propios se ponían, proclamando su deseo de que la ley fuese un acto de razon, no un acto de poder, y como si la gangrena se remediara con agua de rosas, se formaban la ilusion de una beatífica concordia entre pueblos y príncipes, entre la fuerza y el pensamiento, para conquistar la libertad y la independencia.

CAPÍTULO XXXIV

Revolucion francesa. — Las insurrecciones.

Una nueva Revolución en Francia alteró aquel bienaventurado progreso.

Hace un siglo que este país da impulso á los movimientos europeos; pero entre tantas glorias y conquistas no ha crecido ni con mucho como sus émulos. La Francia ha perdido á Santo Domingo y la mayor parte de las Antillas, el Canadá con la Luisiana, y todos los establecimientos que tenía en los Golfos de Méjico y de San Lorenzo; en África ha perdido tambien las islas de Madagascar y de Francia; en la India, desde el Cabo Comorin hasta Surate y el Ganges; en Europa la isla de Menorca y las plazas con que Luis XIV había proveído á la defensa de las fronteras. Ademas de esto, no son ya débiles dominios eclesiásticos los que encuentra interpuestos entre sus confines y la Prusia y otros Estados de la Confederacion Germánica, y hácia los Alpes tiene tambien una barrera reforzada. En cambio ha puesto un pié en el Africa Septentrional, y desde las Marquesas mira á esas islas de Sandwich que, situadas precisamente en medio del camino de América á la China, en la direccion obligada de los buques europeos que van á las Indias y á las pesquerías, prometen un grande porvenir. Se ha aumentado por otra parte su influencia moral al paso que se ha disminuido su poder político.

En lo interior su gran Revolución le dió por lo ménos la inmensa ventaja de unificarla, de hacerla mas compacta que cualquiera otra nacion de Europa, dejándola limpia de las grandes iniquidades de conquista que impiden el desarrollo de las demas y alejan para ellas el día de la justicia. Constituida en laboratorio de los mayores experimentos, su importancia no consiste en un cambio de ministerio, ni tampoco de dinastía ó forma de gobierno, ni en la adquisicion de una frontera mas extensa en los Alpes ó en el Rhin, ni en la alianza con Rusia ó Inglaterra, sino en aquella exaltacion de sentimientos generosos, la cual con frecuencia los produce, en aquella manía de agrandar, en aquella

(1) Comunicacion de Napier á Palmerston, fecha 31 de enero de 1848, que se halla entre los documentos publicados por el ministerio inglés.

(2) Cuando, en 1820, estalló la revolucion en Nápoles, dijo el gran duque á los ministros: « Pues, señores, si hay que dar una constitucion, tened presente que no quiero ser de los últimos. »

imaginativa vanidad que la hace en todas partes blanco del odio, de la simpatía, de la imitación. Su literatura es la de toda Europa; su lengua es el vehículo universal; los sistemas morales, políticos ó jurídicos aunque incompletos y precipitadamente expuestos, son estudiados de mejor gana en esta nación, porque en ella se exige que sean mas claramente formulados, mas racionalmente deducidos é inmediatamente aplicados. Su tribuna es la del pueblo que no la tiene; y cada día es mas cierto el dicho de Jefferson, que aseguraba que todo hombre tenía dos patrias, la propia y Francia. Nación organizada mas con arreglo á la fantasía que con sujeción al cálculo, pues que en ella los hombres de corazón dieron siempre la iniciativa, se ha pronunciado con frecuencia en favor de la causa de la libertad; ha enviado combatientes á donde quiera que ha aparecido un vislumbre de regeneración; á fuerza de torrentes de oro y de sangre ha reconquistado para Europa la seguridad del Mediterráneo, y en el territorio de África, separado por el Atlas del desierto, hace mas fecunda la sangre de San Cipriano, de San Luis, del rey Sebastian.

Pero el ansia implacable de movimiento le quita toda firmeza, la hace mecerse continuamente en nuevas esperanzas y no aceptar mas piloto que la tempestad. Castigada por los aliados de las glorias del Imperio, aceptó como una humillación la carta de 1815, y en vez de desarrollar sus principios, la trató como papel viejo. Luego al ver que los Borbones la atacaban, los expulsó, trastornó cuanto se había fundado en quince años, derramó nueva sangre, amontonó ruinas sobre ruinas, cantó sus glorias, todo para hacer de la misma carta una edición enmendada. Luis Felipe fué puesto en el trono como un arma contra la República, y logró detener su advenimiento por espacio de diez y siete años. Durante este tiempo remedió los males que son consecuencia de toda revolución, hizo florecer la hacienda, reanimó el comercio, restableció la autoridad, aumentó la prosperidad material, favoreciendo á la aristocracia comerciante que había reemplazado á la de sangre; fomentó las letras, las artes y las ciencias hasta el punto de hacer de ellas un poder; conservó la paz, aun teniendo poderosos motivos y ocasiones de guerra; restauró la marina de manera que pudo presentarse honrosamente aun en los mares mas apartados, y dejó gran libertad al pensamiento, á la imprenta, á la tribuna, y á los derechos constitucionales. Sin embargo, su gobierno no se consolidaba con el tiempo, pues que no teniendo mas origen ni fundamento que la Revolución, los que en la primera no habían tenido puesto, se preparaban para otra, los desheredados de la cual debían luego prepararse para la tercera. Obligado á buscar la adhesión de todos los partidos, tuvo que halagar los intereses particulares y vacilar condescendiendo, en vez de progresar resistiendo; y al cabo de diez y ocho años se hallaba

mas en el aire que al principio. Los legitimistas le conservaban inextinguible rencor, y aunque impotentes para derribarlo, aguardaban los sucesos. Los republicanos lo combatían como el único obstáculo á la realización de sus ideas, y siempre hay un partido flotante amigo y enemigo de todos, que se aprovecha de las excisiones para insinuarse y llegar al poder por sorpresa ó por rapiña. Gravísimo escollo es esta lucha continua de las opiniones para los gobiernos fundados sobre la opinión. En Francia no por la gloria ni por el bien del país, mucho menos por la libertad, sino por imitación, por hacer ruido, por ostentar aquella declamación que es el arma del día como la lógica lo fué de los antiguos revolucionarios, y adquirir de este modo aquella áura popular que honra como liberal á quien se manifiesta contrario á los gobiernos, suele perpetuarse una oposición, la cual lo pretende todo gobierno mientras que lo enerva con la desconfianza. Esta oposición aprovecha como arma su clemencia y su rigor; acoge y repite todas las quejas solo porque son quejas, sin mirar su justicia ó injusticia, sin calcular las consecuencias de la victoria, sin mas fe que en sí propia; sustituye á serias doctrinas palabras huecas y disputas inútiles que varían el sentido de las cosas, de modo que si llega al gobierno, no sabe manifestar mas que pobreza de ideas é ineptitud de voluntad. Sin embargo, la opinión puede dejarse guiar por la oposición, y como los escritores de aquel país aspiran tan solo al favor que da la moda y á triunfos mercantiles, la literatura tomó también el marfillo demoleedor. Gloriosamente encaminada durante la Restauración, decayó cuando parecía favorecida por la mayor libertad; declinaron y aun se pervirtieron los antiguos genios, y no aparecieron otros nuevos, ni en la forma reducida á improvisaciones, ni en el espíritu dirigido á desmoralizar. La grandeza del ingenio, la limpidez del discurso, la viveza de la descripción, hicieron á Thiers y á Lamartine divinizar la fuerza presentándola ya radiante con Napoleón, ya sanguinaria con Robespierre y Marat. Lamennais empleó su poderosa lógica y su estilo incomparable en minar los cimientos de aquella autoridad, sobre la cual había elevado en otro tiempo el edificio de la sociedad y de la ciencia. Hugo proclamaba que « el poeta puede creer en Dios ó en los dioses, en Platon, en Satanás ó en nada. » Desde la cátedra se subvertía cuanto hay de positivo, y mostrando á los clérigos como demonios de la sociedad y de la moral, se atizaban los ya extinguidos rencores contra el papa y los suyos. El mayor número especulando sobre la imaginación, fomentaba el epicureísmo favoreciendo el desordenado apetito de goces materiales, y poniendo el paraíso en este mundo, paraíso donde los bienaventurados del siglo eran excitados á satisfacer cualquier deseo sin una idea de abnegación ni de caridad. Al mismo tiempo se atizaba la ira de los desgraciados contra los ricos, con-

siderados como usurpadores del patrimonio común; novelas que para ser leídas en la general indiferencia se repartían en los folletines de los periódicos, llevaban cada día su grano de arsénico á las familias, á las tiendas, á los talleres, al campo; halagaban la lujosa lascivia, pintándola con adornos y galas para ocultar su fealdad; adulaban el odio de los proletarios, exagerando la corrupción de los poderosos; lisonjaban los instintos y las pasiones, mostrando á las mujeres inevitablemente perdidas si daban lugar á la ocasión, presentando á los hombres como movidos tan solo por la pasión y el interés, tomando como ideal las monstruosidades de la naturaleza y de la sociedad, iniciando los corrones vírgenes en torpezas, cuya ignorancia es una salvaguardia, cuyo conocimiento es un incentivo, y de este motivo pervertida la naturaleza de los escritores comunicaba el contagio á la naturaleza sana del pueblo.

De esta voz pueblo abusaban los mas, lisonjando con ella apetitos enteramente materiales; canonizando en su nombre á Desmoulins, á Danton y á los demás héroes de la envidia y del asesinato, ridiculizando ó denigrando al clero, que es sin embargo quien educa y consuela al pueblo; privando á este de la esperanza consoladora, y extinguiendo en las almas la aspiración á la inmortalidad.

Entendimientos graves al ver este espectáculo repugnante, y creyendo normal semejante estado patológico, culpaban á la sociedad y pensaban en trastornar las bases en que había estado asentada por espacio de cien siglos para reconstituirla al vapor. Sus escritos, excitando la febril impaciencia del vulgo, lo hacían prorrumpir en imprecaciones y prepararse á una explosión, en la cual los que nada tenían, entrasen en posesión de los bienes de los ricos, adquiriendo cada uno la mayor dosis posible, no de razón ni de moral, sino de goces materiales.

De esta inmoralidad se atribuía toda la culpa al gobierno, el cual en las arterias de que se veía obligado á usar para ganar las elecciones, en la condescendencia que debía tener con sus favorecedores y amigos, en la precisión de interesar á grandes y pequeños, en su propia duración, de todo se cuidaba menos de la virtud. La masa mas sana que quiere paz y orden ante todo, los indiferentes, que hermocean la pereza con el nombre de moderación, y los interesados en mantener sus empleos, sus pensiones, sus puestos en palacio ó en las cámaras, pedían que se consolidase aquel dominio; pero lo pedían débilmente, mientras los partidos lo combatían con inaudita actividad. El poder combatido por la imprenta y por la tribuna, libérrimas y provocadoras, por los refugiados de todos los países, por los periódicos, estrepitosos conductores de la electricidad revolucionaria, apenas podía, no ya predisponer los acontecimientos, sino mantener su vacilante situación.

Prescindiendo del diluvio de injurias persona-

les, cuya quinta esencia puede leerse en la *Historia de diez años* de Luis Blanc, se acusaba á Luis Felipe de atender únicamente á la consolidación de su dinastía, acusación que cobró mas fuerza cuando se vió que este sostenedor de la paz á todo trance, no vacilaba en exponerse á una guerra por conseguir para su hijo la mano de una princesa de España. Inglaterra, que había aumentado en 100.000.000 su deuda en la guerra de Sucesión para impedir la unión de España y Francia, creyó amenazados sus intereses con tal matrimonio, hecho en agravio suyo, y rota la armonía mediante la cual podía solamente hallar un contrapeso el absolutismo septentrional, aspiró á vengarse.

Entretanto, la emancipación de los esclavos había arruinado á los propietarios de las colonias; en Argel no se había fundado nada sólido, y las obras grandiosas que forman una nueva era en la historia de la economía política, habían aumentado en 1.300.000.000 la deuda pública, si bien el valor de todas ellas ascendía á cantidad mucho mayor.

Las cámaras que debían conducir al país por el camino de las reformas pacíficas, lo irritaban con las declamaciones y con acusar continuamente al gobierno de que envilecía á Francia en las relaciones exteriores (1), y la sofocaba en su interior desarrollo; y como si la agitación fuese un progreso, se pasaba de un ministerio á otro sin motivo sólido, siempre quejándose de que los nuevos ministros eran peores que los precedentes. El último ministerio fué el del historiador Guizot, hombre mas rígido de lo que hubieran querido las pasiones violentas, mas incorruptible que sus competidores; obstinado en conservar la paz, y como medio para ello en consolidar la nueva dinastía, adicto al rey, pero obrando constitucionalmente y con la mayoría de la cámara. Los que menos disientían de su opinión eran los que mayores ataques le dirigían, porque querían en el ministerio á Thiers, partidario también de la dinastía de Orleans, ú Odilon Barrot, representante de ideas mas avanzadas, pero igualmente muy constitucional. Combatíase, pues, en aquella lucha ruinosa (2) por ambición personal, no por diversidad de principios, ni por ideas generosas, daba ira que un ministerio durase cinco

(1) La diplomacia del reinado de Luis Felipe fué defendida por el señor Kaussonville, que publicó las comunicaciones y papeles ocupados por los revolucionarios con el objeto de probar que había sido mas generosa y enérgica que su sucesora. *Histoire de la politique extérieure du gouvernement français de 1830 à 1848.*

(2) Á fines de marzo de 1840, el *Morning Chronicle*, órgano de Palmerston, advertía á la Francia el riesgo que corría la corona con aquellas intrigas ministeriales. « Es evidente que fué declinando siempre el sistema monárquico. Está afectada la Monarquía de un peligroso vicio, de una consumación gradual, que todos los remedios empleados hasta la fecha no han hecho mas que aumentar... Sacar al rey y á la dinastía de esta situación de recelos entre él y su pueblo, debiera ser el primer intento de un ministerio que entienda sumisión, y que tiene ideas mas elevadas que el único deseo de quedarse en el poder. Pero si en vez de esto se endurece en ruines intrigas de corte, como hasta ahora, el trono de Julio no durará mas que el de Napoleón. »

años en un país que aborrece la estabilidad y con una constitución según la cual el rey no debía tener opinión ni sistema, sino cambiar de ministros según cambiase el viento de la opinión pública; por lo cual se echaba mano de todos los ardidés imaginables para derribarlo, no previendo que con el ministerio se hundiría la Monarquía. Alegando que los ministros influían ilegalmente en las elecciones para eludir las declamaciones de los periódicos y la actividad de las oposiciones, se volvió al viejo tema de la reforma electoral, y en torno de esta bandera se combatía en las cámaras y fuera de ellas. Por otra parte, habiendo comenzado en Suiza, en Italia, entre los Eslavos, un movimiento profundo, ¿podía la Francia mantenerse tranquila y contentarse, como su gobierno, con el papel de moderadora? Imitando el ejemplo de Italia, se procuraba aumentar la fermentación con banquetes en que la multitud y los vinos acaloraban los discursos; y en estos se proclamaba el socialismo con la osadía de quien habla á pocas personas sin misión para ello, y seguro de no ser contradicho; pero aquellos brindis improvisados eran repetidos en los periódicos, y daban al país una representación y una expresión diversas de las reconocidas por la ley. El rey al abrir las cámaras desaprobo estos manejos, pero no por ello se resignó á cambiar de sistema; en su consecuencia, los agitadores se propusieron celebrar en París un banquete de cien mil personas. La autoridad se opuso, los mismos que le habían preparado trataron de impedirlo; pero esta fué la señal de una Revolución en que á mano armada y por medio de las barricadas se pidió la reforma electoral y el cambio de ministerio. Guizot resignó su cartera; llamado Thiers, no pareció ya bastante, y un momento después se encargó del poder Odilon Barrot, recorriéndose en un instante los tres grados de aquella oposición hermafrodita; pero no calmado el tumulto estas concesiones, y habiéndose comenzado á derramar sangre, Luis Felipe, resuelto á que no se vertiese una gota por su conservación y persuadido de los suyos que su abdicación calmara á París, abdicó y huyó como Carlos X, entre el rugido de la insurrección ciudadana y la inacción de los que le habían apoyado mientras que el apoyarlo no costaba nada. El conde de Paris, aun niño, fué llevado por su madre al parlamento, donde ya se le juraba fidelidad, cuando un puñado de personas entró de repente en el salón proclamando la República. Era la voz sofocada en 1830 que sobresalía al fin sobre las declamaciones parlamentarias. El poeta Lamartine la acogió y repitió; el regío infante fué sacado de allí á toda prisa; y mientras fuera se asesina, se saquea, se destruye para obtener reformas parciales, en la cámara se anuncia la caída del trono. La novedad agrada tanto mas cuanto es ménos esperada, y gritándose *Viva la República*, se nombra un gobierno provisional.

Así, pues, no era la necesidad reprimida de reformas, no era el generoso deseo de la gran pacificación de la democracia lo que trastornaba la Francia, sino el ímpetu de una desconsiderada minoría; pero donde esta minoría esperaba un leve tumulto, encontró una cosa mas seria; porque el país, después de haber probado los espasmos de una Revolución sanguinaria, los vértigos de la gloria militar, el despecho del vencimiento, la Monarquía absoluta de un genio, la Monarquía templada sin genio, la legitimidad, la ilegitimidad, los poderes fundados en la tradición y los que se apoyaban en los intereses, quiso experimentar una soberanía no ya represiva, sino expansiva, la soberanía de todo el pueblo, anulando todo derecho hereditario, aboliendo el privilegio del censo, último privilegio político, y el de la nobleza, último privilegio social.

La centralización de los poderes ha puesto á la Francia en situación tal, que su vida toda se encuentra en París y lo que allí se hace ó deshace queda hecho ó deshecho en toda la nación; así el telégrafo al transmitir la noticia de la insurrección de unos cuantos ciudadanos, convirtió al país entero de Monarquía en República. Siguiéronse las escenas acostumbradas en las anteriores revoluciones, y como consecuencia la debilidad del poder. Sin embargo, en vez de proclamarse con la República la libertad, consecuencia inmediata de aquel sagrado nombre; en vez de restituirse al individuo y al municipio la responsabilidad de sus propios actos, reservándose solo el gobierno la tutela del orden y la aplicación de la justicia, se pensó por el contrario en exagerar la centralización gubernativa, y las doctrinas socialistas pasaron de los periódicos á los decretos oficiales, de los clubs al gabinete. La demagogia pretendía que capaces ó no, todos tuvieran igual parte en los negocios; la filantropía comunista quería que trabajando ó no, todos tuvieran igual parte en los gozes, y Luis Blanc, constituido en misionero de estas doctrinas, proclamaba que el gobierno estaba obligado á dar ocupación á todos los ciudadanos, que cada uno debía tener un salario, no conforme á su capacidad, sino con arreglo á sus necesidades, siendo los derechos proporcionales á estas y los deberes á las facultades. Por consiguiente, los obreros de París cesaron de trabajar pretendiendo ser mantenidos gratuitamente; se abrieron talleres adonde todos los desocupados iban á buscar, no trabajo, sino salario, y la afluencia de los desocupados de toda Francia ocasionaba inmensos gastos, es decir, enormes agravios, mientras que aquellos en vez de trabajar discutían, y con el fusil al brazo amenazaban al honrado trabajador que continuaba ejerciendo su libre industria. Destruídas las antiguas instituciones, y no estando todavía en vigor las nuevas, una plebe iracunda y viciosa se hizo dueña despótica de París. Si pues el mundo al oír la palabra República se había serenado como al anuncio de la próxima

1848.
24 de febrero.

aurora, se asustó al notar los relámpagos amenazadores de que se hallaba circundada, trocándose de regeneradora de la dignidad humana, en trastornadora de la sociedad y de lo mas sagrado que tiene el hombre, esto es, la libertad, y en vez de un sistema de conciliación universal, se temió un huracán que asolase la Francia y el resto de Europa. En efecto, renovándose los sucesos de 1830, todos los países se resintieron de aquel choque, y mientras hasta entonces no se había aspirado sino á conquistar ó practicar el gobierno constitucional, en adelante se trató de destruirlo, y la Revolución se cambió de ofensiva en agresiva, siéndolo mucho mas porque halló tanta immoderación para comprimirla como ineptitud para dirigirla.

Lo primero que importaba saber era cómo entendía la Francia republicana sus deberes políticos. Lamartine, habiendo sido el primero que aceptó la proclamación de la República, y habiéndola hecho aceptar con su poética palabra, se halló muy pronto expuesto al furor de la plebe. Lo arrojó con intrepidez heroica, mostrándose incansable en hablar, en responder, en recibir, en reprimir la manía de sangre y de hurto, de modo que las generaciones venideras le tributarán tanta admiración como indiferencia le muestran las actuales; pero por lo demás, se allanaba á todo, adulando como poder nuevo, y desprovisto de toda idea fuera de la de oposición, era incapaz de realizar, y daba por proyectos sus propias esperanzas. Anunciando á Europa como ministro de negocios extranjeros la nueva forma de gobierno establecida en Francia, declaró que la nueva República, á diferencia de la de 1792, no amenazaba á ningún gobierno; que conocía que la guerra era demasiado peligrosa para la libertad; que consideraba como no existentes los tratados de 1815, pero que respetaba las circunscripciones generales establecidas en ellos; que no obstante, si cualquiera nacionalidad oprimida se despertase, si los Estados independientes de Italia fuesen invadidos ó perturbados en sus transformaciones interiores, la Francia protegería sus legítimos progresos.

Ambigüedades indignas de una gran nación, la cual haciendo un sacrificio al respeto humano, como en muchas otras cosas, debía lo bastante para animar á los exaltados, pero se reservaba pretextos suficientes para negarse á auxiliarlos. Ahora los pueblos ven la verdad, pero después de haber caído en el error: entonces embriagados con aquel ejemplo y engañados con aquellas palabras, creyeron que había llegado la sazón de obtener las suspiradas libertades.

Ya hemos visto cómo en toda Italia se manifestó la viril y poderosa inquietud de un pueblo animado por el soplo de la libertad, y si en otras partes se manifestaba con aplausos á los reyes, en el territorio lombardo-veneto se concentraba en estremecimientos de indignación. Ya hemos dicho cuál era la situación de esta

provincia bajo el yugo extranjero; y si algunos ricos bien hallados con el ocio y las comodidades se aturdiran en medio de los placeres con el pretexto de los cobardes, esto es, la imposibilidad de mejorar, algunos perseveraban en sus sentimientos contra todo linaje de halagos é intimidaciones, y aunque habían perdido la patria, conservaban aun corazón para amarla, voz para aconsejarla, talento para dirigirla. De las reformas administrativas concedidas á sus vecinos, ya hacía mucho tiempo que estaba en posesión este país, merced á la antigua tradición municipal; sin embargo, el deseo de regeneración fué en él tanto mas fervoroso, cuanto que tenía un objeto mas determinado, á saber, la adquisición de aquella nacionalidad, sin la cual no parece posible tener libertad sólida, dignidad poderosa ni completo desarrollo. Pero si la conciencia se sublevaba contra un gobierno obstinado en despojar á todos de su voluntad, la razón no veía medio de librarse de él sino en un trastorno europeo.

Mientras la multitud aprovechaba todas las ocasiones para demostrar su aversión á los dominadores y su simpatía á los príncipes italianos con demostraciones en las calles que muchas veces costaron sangre, las autoridades populares, que hasta entonces no habían conocido mas derecho que el de ejecutar los decretos superiores, conocieron que tenían tambien el de amonestar é iniciar y exponer los deseos del país. Sus moderadísimas reclamaciones, y los escritos de algunos que arriesgaban su seguridad en obsequio del bien público, no hablaban sino de conciliación entre la provincia y los conquistadores. El mismo movimiento legal se manifestaba en el territorio veneciano, y apoyándose en las leyes anteriores inobservadas, se pidió una censura ménos absurda é intervenció en lo concerniente á los intereses inmediatos del país (1); en suma, se reclamó que el gobierno volviese á entrar en las vías de la moralidad y pusiera término á la omnipresencia deletérea de la policía. Esta y el virrey hicieron todos los esfuerzos posibles por eludir tales reclamaciones; pero conociendo que estaban apoyadas en la legalidad y en la opinión, hubieron de prometer que serian atendidas, y mientras de esta manera calmaban la efervescencia, pidieron al emperador facultades para prender y deportar, y le hicieron declarar que había hecho bastante por sus pueblos, que no estaba dispuesto á otorgar mas concesiones, y

Enc. o.

(1) « Conviene indicar las leyes mal ejecutadas, las promesas no bien observadas, indicadas con palabras blandas pero claras, sin manifestar ni aun la sospecha de que el ejercicio de un deber parezca delito ni culpa. Pueden castigarlos, pero no creemos reos. Si nos ven unánimes, perseverantes, firmes, dueños de nosotros mismos y de nuestro resentimiento, no nos castigarán, antes nos darán sinceras gracias. Pero las manifestaciones pueriles de esperanzas ó de júbilo, ó las manifestaciones culpables de odio no son dignas de un pueblo que padece y que tiene fe en su destino. Constituyámonos, no en partido moderado, sino en opinión legal, y animemos esta opinión con nuestro mutuo afecto. » TOMASO.